

## CAPÍTULO DECIMOPRIMERO

### EL MANIFIESTO DEL REBELDE

En la relectura contemporánea de la Ilustración francesa, indagando en sus expresiones más radicales, Onfray ha propuesto conclusivamente que el hedonismo que esa propugna sea a la moral lo que el anarquismo es a la política, lo que le llevaría al ensayo *Politique du rebelle*,<sup>490</sup> una peculiar autobiografía escrita desde la ideología, a fin de conjugar esos dos extremos y conectar intelectualmente universos normativos.

Su experiencia de la odiosa fábrica, rebosante de salmueras, detergentes corrosivos y vapores asfixiantes, fue el pie derecho de su acrática andadura que compartiría un peculiar análisis del poder político y sus deformidades, pues aquel obraje era una vivida metáfora de la sociedad después de mayo del 68 tal y como lo hace patente el filósofo del revolucionarismo de las Luces. Ahí se expresaron y ante sus ojos, contradicciones esclarecedoras para la acción rebelde a los hierros y las cadenas de todo signo, opresoras todas sin excepción; ahí se originó su cuestionamiento profundo de la estructura de la sociedad occidental, y también de los otros modos opresivos, los soviéticos, chinos y cubanos, tres modélicos racionalismos trasmutados en pesadilla. En ese microcosmos fabril creyó Onfray tener a mano los materiales indispensables para la crítica de la sumisión, la “servidumbre cuasi violentaria” que, despojada de sus ropajes o, mejor de sus disfraces, revela a la monstruosa criatura, aborrecible y letal. Onfray la enfrentó, la desechó de su vida, pero no de su memoria; son precisamente la memoria histórica y sus “agujeros negros” claves para ingresar a una lucha inevitable denunciando la perversión política que hace esclavos a los hombres. Sus reproductores han sido y son interesadamente proclives al olvido o a un despectivo desdén, de fabricantes *capitis diminutio* a la que los ciudadanos han sido arrojados por las potencias de este mundo: la económica, la militar, la política, la religiosa.

La crisis haría decir a Adorno que a partir de Auschwitz nada era posible ya: ni la filosofía ni la poesía. Fue un eclipse de la razón encarnado y

---

<sup>490</sup> Onfray, Michel, *Politique du rebelle. Traité de résistance et d'insoumission*, París, Grasset, 1979.

simbolizado en esa atrocidad diabólica que oscureció por siempre al mundo: después nada podía ser igual. Y, sin embargo... ¿no fue también la trágica manera de proclamar el fin de un mundo, de decirles a cuantos lo oyeron que la ilusión del progreso indefinido y del voto universal eran eso: dos grandes embustes, que el constitucionalismo “a Weimar” en realidad fue el progenitor del nazismo y el legítimo del y que los parlamentos son no el sitio de la soberanía, sino el nido fétido de los huevos de la serpiente? Que la majestuosa parafernalia de la justicia institucional cubre llagas infectas de connivencias y prevaricaciones y que los hombres de Estado ven primero por ellos y los suyos, por su seguridad y sus privilegios, aunque algunos de veras crean que también trabajan por el resto gracias a una suerte de predestinación laica, histórica, providencial, que los ilumina y los hace capaces de caminar sobre las aguas, entre el asombro y los aplausos de la multitud.

Onfray sostiene que el solipsismo es la condición esencial del individuo, un *solus ipse* “en virtud del cual cada individualidad está condenada a vivir su propia vida y solamente su vida y a experimentar, positiva o negativamente sólo por él, sin poder transferir esas sensaciones, sean cuales fueran, a un tercero, lejano y extraño”,<sup>491</sup> condición que el universo concentracionario hizo patente e irrefutable, sabiendo amarga e irremediabilmente que uno, ante el dilema, siempre prefiere salvar su vida a sacrificarla a cambio de la de un compañero, del amigo, del camarada entrañable, de pronto un extraño al que se conduce al matadero sin que los demás muevan un dedo para salvarlo, ni siquiera sus amigos, acorazados tras un indiferentismo egoísta, que los lleva a mirar hacia otro lado, el de una fatalidad resignada y sombría.

El proceso, disectado por Onfray, ha consistido clásicamente en la destrucción del individuo y su reciclamiento en comunidad: fin del cuerpo indivisible y nacimiento del cuerpo social, abandonado ya el individual, el único habilitado hasta entonces para reivindicar la individualidad y la unidad. Es el arte de olvidar, de sobrepasar y pulverizar al individuo y “todas las propuestas políticas, las científicas y las utópicas se han construido y se construyen sobre esta negación”.<sup>492</sup>

Todas las políticas han contemplado esta trasmutación del individuo en sujeto: las monarquistas en nombre del rey, figura del derecho divino, representante del principio unitario celeste sobre la tierra; los comunistas, en virtud del cuerpo social pacificado, sin clase ni guerras ni contradicciones, resuelto al modo monoteísta; los fascistas, mirando la homogeneidad de la

<sup>491</sup> *Ibidem*, p. 39.

<sup>492</sup> *Ibidem*, p. 41.

nación, de la patria sanamente militarizada; los capitalistas, obsesionados por la ley del mercado, la regulación mecánica de los flujos del dinero y sus concomitantes beneficios.

La disolución del individuo se pone de manifiesto cuando se constata —cosa que es posible todos los días— que se le tolera y celebra solamente cuando pone su existencia al servicio de “la causa” (democrática, religiosa, deportiva...). Entonces es sacerdote, ministro, militante, funcionario, delantero, militar, empresario, catedrático... De ahí que toda rebelión individualista se tenga como cosa de excéntricos extraviados, de soñadores impertinentes, de utopistas arcaicos. Nada de solitarios cometas cuya soberbia cauda ilumina las noches eternas siderales, ni tampoco de astros magníficos en su arrogante soledad; son los asteroides deportivos o cinematográficos o las marionetas grotescas de la política envanescente, incluidos los papagallos de supuesta realéza rancia cuyos retratos llenan páginas efímeras del couche dulzón, las únicas individualidades tolerables hoy socialmente. A nadie debe rendírsele culto como sea a esas individualidades neutras, sin filo social. Eran el *jet set* devenido en *pet set*.

Pero —sostiene Onfray— concebir y poner en marcha una política libertaria implica invertir la perspectiva: someter la economía a la política, poniendo a la política al servicio de la ética, de una ética de convicción sobre la ética de responsabilidad, reduciendo las estructuras al papel de mecanismos al servicio de los individuos y no a la inversa. El *Reich* milenario es una contrapartida: la voluntad de erradicar al individuo para construir una vasta, inmensa, máquina homogénea, purificada, fija y mortífera.

Una política libertaria quiere una sociedad abierta, y los flujos de circulación libres para las individualidades que van y vienen, acuerdan y se separan, concuerdan o discrepan. Constatando la unidad y la unicidad de una escancia humana, Robert Antilme, en su curso sobre *La especie humana*,<sup>493</sup> concluye en la necesidad de luchar contra todo lo que enmascara dicha unidad.

Falso y demencial es todo lo que contribuya a ahondar las diferencias entre los individuos, pretendiendo transformar las ligeras fisuras en abismos imposibles de salvar, los del sexo, la edad, el color, la función social, pues así se construyen los regímenes de explotación y servidumbre. Sólo la existencia de múltiples especies humanas podría justificar un modo intrasubjetivo legítimamente de la esclavitud y la explotación. Pero la unidad de la especie humana convierte en monstruosidad ontológica, metafísica y, a la postre, política, que pone a los individuos en situación de explotar a otros o ser explotados

<sup>493</sup> *Ibidem*, p. 43.

por otros, una fragmentación artificial de la especie humana natural, como si hubiera especies distintas de hombres, diferentes e irreductibles, incapaces de encontrarse, de mirarse, de dialogar entre ellas, como si se tratara de animales, plantas, piedras, hombres, cada uno en su propio registro.

Es la voluntad de jerarquizar, compartimentalizar, estructurar, es el “no son gente como nosotros”, “son los proles”, es la mirada sobre el hombro, despectiva y distanciadora, el insulto al transeúnte imprudente, al viejo lento en su andar, a la mujer al volante, al mendigo, al teporocho agazapado en los rincones de la ciudad, que no desea nada sino que no tapen el sol al que se ofrece sin “protectores”, es el “¡ya viste cuántos negros hay por todos lados!”; que se oye ahora en plazas y calles de la hórrida urbe, asfixiada bajo su nube venenosa, que enloquece a quienes la respiran día a día, entre sufrimientos, aglomeraciones inacabables, trayectos interminables, horarios ilegales, comida miserable, esperanzas e ilusiones desterradas, derechos para los señores y obligaciones para los esclavos, futuro inimaginable por inexistente para todos los pobres, tristísima legión universal que vaga sin rumbo ni destino. Es, en suma, y de otro modo que el original, la frase del estratega: “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, y la de Foucault, al otro lado del espejo: “la política es la continuación, por otros medios, de la guerra”,<sup>494</sup> esta guerra de todos los días y en todos lados.

En el horizonte refulge el derecho natural, maltratado por los positivistas, tan ufanos de sus seguridades dogmáticas, quienes no pueden llegar a admitir que el derecho positivo se asiente en una concepción de lo justo, ni que la ley edictada sea expresión de una convicción ética socialmente compartida. Y si esa convicción fuera hedonista, a la manera de Chamfort, tanto mejor: “gozar y hacer gozar, sin causar daño a nadie, comenzando con uno mismo”, imperativo categórico que a nadie lastima y que resulta inobjetable sin negar las dificultades que su concreción representa. “Un Droit naturel nominaliste et libertaire, hédoniste, affirme pour chaque individu la possibilité de tout mettre en oeuvre pour vivre et, a fortiori, survivre”.

Onfray pregunta: ¿cuáles derechos naturales?: vivir y sobrevivir suponen la satisfacción de las necesidades del cuerpo y el espíritu en la medida en que, satisfechas, autorizan la existencia de un cuerpo que es y que dura fuera de todo sufrimiento como de un alma mantenida con dignidad. Los principios rectores serían: existencia individual, integridad y salud corporal, identidad y dignidad del alma. Después, todo es cuestión de interpretación para determinar qué es lo necesario, en cantidad y calidad: la política define los principios y los medios de esta hermenéutica. En el fondo es la precedencia, la excelencia y la preeminencia de lo que permite vivir.

<sup>494</sup> *Ibidem, passim.*

Aunque se intente una y otra vez por los medrosos que celan ávidamente sus bienes y sus privilegios negar el valor de la Revolución, la de 1789, y las restantes, y despreciar con soberbia ignorancia sus principios e ideales, sus objetivos no han perdido actualidad ni vigor. ¿O no lo tienen el racionalismo como autonomía, la libre reflexión autoritaria? Es la potencia imbatible de las Luces, que no se extinguen a manotazos, por más “doctos” que éstos sean, pues ante el *Sapere Aude* de Kant, los aspavientos académicos de los áulicos consejeros a sueldo carecen de todo valor, pues son inversamente proporcionales al *Principio Antígona* de las leyes divinas intangibles, in infringibles, que desobedecidas o despreciadas anuncian apocalipsis, los ya acaecidos y otros, los de un mañana nada prometedor y en nada risueño si dejamos que las cosas sigan como van, por el rumbo de la política de “tierra quemada”, que habla de los pobres cuando debería hacerlo con los pobres, los teporochos y los *clochards*, “confundidos —dice Onfray— con el gris pavimento”, sin lugar fijo, yacentes sobre la pila de cartones, con el alcohol como su viático, que les ayuda a vencer los embates del hambre y del frío, de la noche y de su soledad, abandonados de todos en un mundo hostil, el mundo de los Tartufos de siempre, en el que deben ganar, día a día, su batalla contra la muerte, a la que los sentencia la social desigualdad, egoísta del sistema económico, verdugo disfrazado con el guante de una Mano Invisible, que dijo el inglés aquel, tan admirado hoy en el mundillo académico y puesto al servicio de los poderosos de la Tierra, cómplices que se proclaman asépticos y neutrales, indiferentes con falsa etiqueta de objetividad ante las tragedias humanas, ideadas o consentidas por los dueños ilegítimos de la riqueza del mundo y sus ayudantes, testaferros y guardaespaldas políticos, que sacan para aquéllos las castañas del fuego en los parlamentos y juzgados del orbe entero, resguardados tras los cristales blindados de sus ridículos palacetes, por la soldadesca de turno y a su personal y servicio. No hay en esto nada coyuntural, como quieren los embaucadores de doctrinas económicas al uso: es estructural este despojo, que viene directamente del “código genético” del capitalismo depredador, con crisis o sin ella, deducido de su propia naturaleza y esencial en la lógica implacable que lo gobierna.

Los pobres y menesterosos de la tierra —sostiene Onfray— han sido descartados de la vida socialmente útil por ese sistema perverso, tratados como subhombres y submujeres por los mismos que se ufanan de engarzar, una y otra vez, los derechos del hombre en Constituciones cada vez más preciosistas, cuya reforma incesante no dejan de imaginar y proponer en cada congreso y en toda ponencia de unos simposios en los que creen anunciar La Novedosa Buena Nueva, puesta al día conforme las modas académicas, pensando así conseguir el asombro de la posteridad, si no es que el

aplauso de su contemporaneidad, boquiabierta ante la sabiduría apabullante de los doctores de la ley.

Con estos “condenados de la tierra” conviven los habitantes de las cárceles, de los hospicios y de los hospitales, de las fortalezas del confinamiento analizado por Foucault, que tampoco son rentables y, por ende, no cuentan tampoco entre “los que son como nosotros”, los que gozan de pasaporte social y de crédito monetario, los que demuestran “eficacia” y laboriosidad. Los viejos especialmente sufren el desprecio del narcisismo juvenilista, y sólo sobreviven en la medida en que demuestren ser consumidores sistemáticos; de otro modo, están obligados a sacrificar su libertad y su energía en jubilaciones vacuas y pauperizadas, después de haber dejado su vida en el engranaje de la máquina económica, empujados a recluirse, para terminar sus días en “casas de reposo”, las del reposo eterno, por una sociedad que se resiste a verse en el espejo de sus viejos, para quienes sólo guarda una conmiseración y exasperada, y la ridícula y ofensiva idea de que “son como niños, pero arrugados”, que se asombra cuando reaccionan con energía, con rebeldía, a la tutela opresiva de quienes sostienen querer sólo “su bien”, sin importarles que opine al respecto el titular de derechos cancelados “piadosamente” sin fundamento y sin consecuencia legal alguna para esas almas conmiserativas que dictan y disponen a su antojo del horario, la alimentación, la medicación, la higiene, y hasta de los rezos de los viejos, hartos de tanto “cariñoso” control de sus vidas, de su cuerpo y de su mente.

Es “la humillación de envejecer”, que dijo Borges, una de las peores pesadillas occidentales, y con razón, pues es una realidad tristísima que acecha a la vuelta de la vida cuando la máquina ya rechina aunque siga siendo la sede de un alma sabia, nutrida de las experiencias del tiempo, que a nadie importan y nada valen ante quienes están obsesionados con la quimera de una juventud, si no eterna cuando menos muy, muy prolongada, que sólo se logra a base de dietas, gimnasios, spas, masajes y otros ritos y sudores pueriles y tediosos que garantizan la felicidad durante poco más de dos semanas, pero que, se supone, alejan los días de ingreso a la vejez, mirada como una gran desgracia, y nunca como el triunfo de la vida que podía llegar a ser.

El delincuente también es visto como un enemigo a vencer cuando lo que interesaría fuera explicar el origen de las causas, los condicionantes de su infracción. La prisión es un imposible, pues nada tiene que ver con ese conocimiento etiológico, sino con el control de la conducta mediante el sistema de encierro panóptico y puniciones arbitrarias, que sólo empeoran la infelicidad de esos hombres. La institución debería ser universalmente disuasiva, pero las grandes cotas de impunidad que el sistema consiente, por ejemplo, en México, la hacen además criminógena, infierno y sumidero cla-

sista, discriminatorio y segregatorio, inútil para los fines ideales que se aducen al buscar legitimarlo.

“Promiscuidad, privación de la sexualidad, ofensas a las más elementales reglas de higiene, obligación afrentosa de servir, sumisión de toda voluntad y de toda libertad, de toda autonomía y de toda independencia al principio de autoridad, que liguefere todo y por todo”.<sup>495</sup>

La presión, instrumento de control social, es, además, manifestación palmaria y cruel de la desigualdad social, institución para pobres, que se nutre de las aberraciones de la inequidad. Y así, obtiene resultados políticos al instaurar una nueva discriminación entre ciudadanos “de primera” y los “de segunda” categoría; los primeros nunca la padecerán, pues fue ideada para los segundos, como una suerte de fatal y clasista predeterminación sistemática.

Los desarraigados que van por el mundo tocan las puertas de Europa sin respuesta, transgreden las barreras fronterizas y, gota a gota, obligan a la acogida forzada, en medio de gritos y xenófobos exacerbados por la derecha racista. Todos los días y a lo largo del río Bravo o en el Mediterráneo perecen, ahogadas o sedientas, sus aspiraciones de mejorar. Cada fracaso mortal es aplaudido por los privilegiados como una victoria ante el invasor alienígena, en la lógica de un círculo perverso que no logra impedir la inmigración ilegal, de los *sans papiers*, los *boat people* nuestros indocumentados de aquí y allá, arrastrados cual trato miserable por La Bestia de acero que por las noches rauda cruza, entre chispas y exhalaciones, la ruta del sueño alucinante hacia un paraíso de consumo y desperdicio, en donde les aguardan los *sherifes* “arraigados”, que disfrutan cacerías cotidianas cobrando piezas de negro pelaje, pues amenazan su tedio vital, mientras las autoridades nacionales patrias se empeñan en tender un piadoso velo de oscuridad y de silencio obsecuente, a fin de no perturbar las buenas conciencias de aquí y allá para las que estas tragedias son cosa natural, normal e inevitable. Se valida esta aberración alegando importante pozo de divisas, como si con eso pudiera cohonestarse la fractura un pacto social denunciado por las incapacidades de las autoridades y los emprendedores, que prefieren guardar en bóvedas subterráneas el áureo provecho de su depredación, antes que crear solidariamente los puestos de trabajo y los ciclos productivos, que a gritos reclaman las colectividades, a fin de paliar algo del conflicto social, lo que permitiría a aquéllos disfrutar, en paz relativa y sin tanta zozobra, de sus efusivos privilegios el tiempo que éstos lleguen a durar, incógnita tan interesante como desesperante para unos cuantos y esperanzadora para el resto, la mayoría de los hombres de la Tierra entera.

<sup>495</sup> *Ibidem*, p. 81.

Onfray ha dejado asentada una conclusión en su larga exposición del infierno social, “peor que el más profundo del Dante”:

On sait la tyrannie manifeste et évidente dès que la somme des droits excède celle des devoirs. De la même manière, la servitude définit la situation dans laquelle se trouve une personne pour laquelle les devoirs exigés d'elle sont supérieurs aux droits dont elle dispose. Où donc sont les tyrans et les esclaves ? Qui dira du social qu'il est encore respectueux des devoirs qui lui incombent à l'endroit des individus, notamment ce pour quoi il est constitué : la protection de tous les contractants et de tous ceux qui, tacitement, ont accepté le principe du contrat social ? Que peut-on exiger des individus, en matière de devoirs, quand la société et la politique avec elle n'honorent plus rien de ce qui fait le pacte, notamment en matière de sûreté, de dignité et de satisfaction des besoins élémentaires... Tyranniques les sociétés qui fiscalisent, demandent, exigent, obtiennent, légalisent, légifèrent, ponctionnent, retiennent, soustraient, contraignent et emprisonnent puis se disent incapables d'offrir le minimum au citoyen qu'elles auront dévalisé, dépouillé, dévêtu, dénudé. Notamment en matière d'emploi, de minimum vital de décence et de dignité. Esclaves tous ceux que subissent le joug de ces sociétés et n'ont pas d'autre alternative que de se soumettre de bon gré ou contraints et forcés à la autorité incontestable d'une prétendue justice qui met sa police, ses magistrats sinon son armée, au service de cette vaste entreprise de spoliation des individus pour le profit d'une machine économique, sociale et politique emballée, furieuse et autophage. Et tyrans ceux qui se font les administrateurs, les fonctionnaires les précepteurs, les bras armés de cette logique perverse.<sup>496</sup>

Proletarios —dijo Marx— son todos los que no poseen medios de producción y están sometidos a alquilar su fuerza de trabajo para satisfacer sus necesidades elementales y esenciales. Éstos no cesan de existir, y la pauperización aumenta su número: salarios de miseria, cadencias infernales, precariedad del empleo, tiranía de los jefes de taller, nulas perspectivas de futuro, indignidad de las tareas, embrutecimiento en el puesto de trabajo, servidumbre de las cadenas de ensamblaje, sumisión de los espíritus a la multiplicación infinita de repeticiones mecánicas.

Hay todo un mundo de sujeciones que justifica más que sobradamente la indignación de quienes hoy no pueden más que gritar su inconformidad en las calles y plazas del mundo entero; justificación plena de toda rebeldía individualista y de la rebelión social, y, en consecuencia, obligación moral de académicos, de sabios, de intelectuales y escritores que se han asomado a las fórmulas filosófico-políticas construidas a lo largo del tiempo para

<sup>496</sup> *Ibidem*, pp. 87 y 88.



responder y proponer soluciones a las enfermedades sociales, cuyos conocimientos han de ser socialmente provechosos bajo la pena de complicidad silenciosa, éticamente reprochable.

Hay en lo anterior una metafísica subyacente que quiere la perfección sometiendo al que debe obedecer bajo las órdenes de quien debe ser obedecido, el cuerpo a la razón, las mujeres a los hombres, los animales a los seres humanos y los esclavos a los amos, como si este sistema jerárquico procediera de un derecho irrecusable y de una irrefragable ley, en el que las prebendas se heredan tan insensatamente como sería el pretender que el talento fuera heredable y hereditario.

En el terreno económico, Onfray tiene una fundamental propuesta:

a mi entender, el reencantamiento del mundo, cuando supone la abolición de la propiedad privada, pasa ineluctablemente por la edificación de los muros y las murallas que ya conocemos de sobra y por el sistema policiaco asociado a ese encierro. La opción libertaria de izquierda pasa por una acción menos obsesionada por la destrucción de la propiedad y las expropiaciones violentas y más atenta a proponer una *economía alternativa* cuya prioridad sería la elaboración de *modos poliformes de producción*, paralelos a los del capitalismo, es decir, modalidades transversales de ese mismo capitalismo. Habría que tener presente, antes de emprender la formulación precisa de dicha alternativa, que el triunfo del capitalismo ha signado la orden de muerte de lo político y de la política en beneficio de un puro y simple (simplón) elogio de las técnicas de administración, tanto de los hombres como de los bienes. El uso libertario de la economía permitiría el regreso de la política y del abolengo noble de este arte de la vida en común, devenido después de la revolución industrial en la ciencia de la sumisión de los esclavos por sus amos, tal y como lo había visto Aristóteles, si se me admite esta extemporaneidad.

Raramente la pauperización había llegado a un punto tal de cinismo: ninguna esperanza para aquellos que tienen todo que perder y nada que ganar. En cambio, están aseguradas las ganancias a los mismos que dictan las reglas del juego, compensando las eventuales pérdidas mediante otros juegos a los que sólo ellos tienen acceso. Así, los pobres seguirán empobreciéndose y los ricos, enriqueciéndose. La cosa funciona apoyada por quienes, sin tener hoy los beneficios económicos, sueñan con alcanzarlos un día, por lo que es preciso no dañar esa promesa, entorpeciendo el mecanismo; al contrario, es menester resguardarlo de sus enemigos y no prestar oídos a quienes lo denuncian y combaten. Los siervos han estado y permanecen

en servidumbre voluntariamente como lo vio el amigo de Montaigne.<sup>497</sup> El capital flotante, al igual que Dios, no aparece jamás directamente sino bajo la forma de encarnación de efecto producido, de obra. Además, nada hay que justifique la lucha de clases si se proclama como verdad indiscutible, tal y como el amo debe hacerlo ante sus esclavos, que todos tienen un mismo interés y un destino común que la hace imposible: “vamos en el mismo barco”, y no habrá nadie tan insensato como para contribuir a un naufragio, ni siquiera el menos favorecido durante la travesía cibernética y planetaria en un mundo perfecto, como lo quería Quesnay y su preestablecida armonía, tan perfecto que es obra divina, la pobreza incluida.

El “desencantamiento del mundo” ocurrió por el abandono de un principio, la divinidad, en beneficio de otro, la riqueza, que demanda la ascética del trabajo, cualesquiera que sean los dioses a quienes los sacrificios están destinados, según la óptica de Onfray.

Alchimie cannibale et métaphasique de la nécessité, l'économie este devenu une discipline autonome, radicalement séparée. Elle a sacrifié pour prix de son indépendance la politique et l'histoire, soumettant le réel à la seule loi du marché, interdisant tout gouvernement en dehors de l'administration des affaires courantes.<sup>498</sup>

Un nihilismo generalizado ha sido la consecuencia, como también lo ha sido el pesimismo cultivado y el desencanto que todo lo invade. A los ojos de los defensores del economismo, es de lesa majestad siquiera poner en duda la verdad del dogma. Su argumento supone siempre que hay demasiada ignorancia sobre el fino engranaje de la economía para atreverse alguno a opinar sobre estas materias. “Como si —dice Onfray— para tener derecho a ser ateo fuera necesario haber sido antes doctor en teología”.

Al implantar en el cráneo de todos los hombres la idea de un inmenso movimiento planetario del que es imposible sustraerse, el anuncio del Estado universal se ha emitido ya. Pero también el de un pensamiento uniformizado, de una economía monoteísta y del “fin de la historia”. Una dictadura como no la habrá habido en el pasado se levanta en el horizonte. La austeridad a Deutsches Bank nada podrá para contener el horror que el monstruo sembrará entre todos, alemanes o no.

Proudhon ha de ser reciclado para los fines del pensamiento libertario, a la hora de construir, desde la izquierda, las alternativas al desencantamiento del mundo. Es el regreso a Proudhon propuesto por Onfray en problemas

<sup>497</sup> Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad...*, cit.

<sup>498</sup> Onfray, *op. cit.*, p. 120.

tales como el del valor de uso y el valor de cambio, el del maquinismo, la precariedad del empleo y la producción ciega; el de la división del trabajo y sus efectos embrutecedores y alienantes.

Desde 1846 la *Filosofía de la miseria* no ha cesado de ser actual. El valor, los fines del maquinismo, el papel de las nuevas tecnologías, la calidad del trabajo, su cantidad, su relación con el dinero, la presión fiscal, la espiral crediticia, el derecho a la vivienda, la desigualdad del mundo del tener, son las prioridades de una nueva ética política, que somete la tecnicidad de la economía a un proyecto de sociedad. Proudhon fue y su obra es de una asombrosa fertilidad y su teoría cooperativista, mutualista, federalista, los bancos populares, las mutualidades de crédito, la expresión de una economía social, de una democracia industrial, en la que surjan unidades de explotación de propiedad particular o privada al lado de una agricultura colectiva, como colectivas las empresas asociadas a talleres autónomos, compañías obreras animadas por la participación, federaciones de productores y consumidores; organizaciones cooperativas de servicio, el conjunto generando *una socialización liberal y un socialismo libertario*.<sup>499</sup>

La línea hedonista trabajada por Onfray en su relectura de la Ilustración francesa le lleva a reivindicar, para la economía, el principio dionisiaco, portador de pulsiones de vida, redefiniendo una economía libidinal como quiere Lyotard. Ya no celebrar el ideal ascético y las pulsiones de muerte, cesando el sometimiento de la política y la historia a la tiranía de la economía, que acrece la pauperización para hacer posible la riqueza de los ricos a costa de una mayor pobreza de los pobres.

La sumisión de la economía a la ley de la política es una necesidad vital, pues Tanatos ha sido elegido dios tutelar de la ley del mercado del capitalismo desenfrenado. La política politicista, tan desprestigiada, puede dar paso a una Gran Política, sin las mezquindades los saltimbanquis y sus acrobacias electoreras y parlamentarias, amén de su rapacidad voraz por las arcas públicas.

Encarnar la otra política equivale a definir un proyecto, unas ideas, una voluntad, una energía, pues la fuerza se distingue de la violencia en que la primera sabe a dónde va, mientras que la segunda se somete a las pulsiones salvajes que la habitan: *el capitalismo es una violencia; la política, una fuerza*. Y ésta es el único remedio a la primera.<sup>500</sup>

<sup>499</sup> *Ibidem*, pp. 122-129. El cooperativismo a la mexicana de la década del veinte del siglo pasado puede ser analizado en *Jorge Prieto Laurens. Biografía política de un revolucionario precoz*, México, Porrúa, 2010, del autor de este ensayo, con la colaboración de Héctor Madrid Murguía y Emma Prieto de Negrete.

<sup>500</sup> Onfray, *op. cit.*, pp. 130 y 131.

La economía vive del saqueo de la energía y de la negación del cuerpo conforme al ideal ascético, propugnado y triunfante en la retórica grecorromano-cristiana, que teme al cuerpo, y que desprecia lo carnal, anatemizando los deseos, las pulsiones y las pasiones.

Toutes les civilisations soumises à Thanatos ont vécu et se sont nourries de cet holocauste perpétuel. La malaise dans la civilisation analysé par Freud tient ici sa généalogie : le sacrifice des dessins individuels au profit des machines collectives, l'obli de l'individu auquel on préfère toutes les cristallisations de l'instinct grégarine, le renoncement à ses plaisirs afin d'avoir pour seule objectif la place à tenir dans le jeu social, le sacrifice de la liberté individuelle et, en guise de retour, une société sécuritaire, autoritaire, castratrice été dévitalisant. Dilution du moi dans la grand tout sociale, confusion des intérêts individuels avec les intérêts collectifs, sacrifice du principe de plaisir au nom du principe de réalité, besoin de consolation impossible a rassasier, renoncement aux plaisirs ici et maintenant au profit d'une hypothétique du-delà ou d'un lendemain plus radieux, diversions, satisfactions substitutives, recours à toutes les stupéfiants fournis par les idéologies du renoncement portées aujourd'hui au pinacle, nihilisme célébré, pessimisme entretenu, dépressions endémiques, autophages, intoxications suicidaires aux idéaux mortifères, voilà un début d'inventaire des misères quotidiennes offertes au Léviathan social que réienne repaît.<sup>501</sup>

¿No quedaría legitimada, ante el preliminar listado de Onfray, la repulsa radical a tal estado de cosas? Los rebeldes insumisos, los indignados y los desobedientes del sistema creen más que justificada la negativa frontal. ¿Tendrá viabilidad hoy como la tuvo con Gandhi, Mandela, Luter King? En todo caso, no puede ser desestimada o minimizada, y es obligatorio analizarla, dar cuenta de ella y clarificarla conceptualmente, en línea crítica e ilustrada. Lo único que fuera imposible a esta hora sería asentir y ofrecer dócilmente las manos a esas nuevas cadenas, más pesadas que otras que vienen del fondo de los tiempos, aun infracturadas.

El saber jurídico y su praxis es capaz —lo ha sido en el pasado— de otorgar nuevas rutas de navegación para arribar a nuevos puertos legales, los que merecen los esforzados bogantes que por el mundo van y vienen en busca de mejores días para sus congéneres con menos cadenas, desterrando prejuicios y evitando atrocidades mediante la instauración legal de mecanismos eficaces para ello. Entonces, podrá emprenderse una nueva singladura en busca de horizontes inexplorados, que aguardan todavía a sus

<sup>501</sup> *Ibidem*, p. 132.

descubridores, tierra incógnita en donde la vida pudiera ser de otro modo menos opresivo y desencantado que el que nos tocó en suerte padecer: lo que Gauguin hizo en la pintura, Grillparzer en la crónica diaria, Novalis en la poesía, Goya con los *Caprichos*, Schleiermacher en la filosofía y Berlioz con la magna orquesta, han de emularlo quienes respiran la atmósfera del derecho, atmósfera de altura, un tanto enrarecida, para la que es necesario estar en condiciones de absorberla.

Las descalificaciones a la izquierda, que militan a favor del *status quo* provienen, según Onfray, tanto del “centrismo político”, para el que da igual la derecha que la izquierda, como del fracaso del socialismo soviético y sus satélites europeos; la política se transforma en polémica interminable y se queda en verborrea, en la que vale más lo que mejor se expone mediática y superficialmente, con la malsana convicción de que la reflexión a fondo no es rentable electoramente, empobreciendo así el diálogo y contraviniendo el paradigma socrático, sin el cual toda ciudadanía democrática es falsa e imposible.

La mística de izquierda se ha apagado, pero puede encenderse de nueva cuenta, como se tiene por sabido gracias a experiencias históricas indelebiles, pues esta mística es energía, voluntad espartaquista, genio colérico de la revolución que dijera Michelet, inerradicable, que no está a merced de la voluntad de sujeción de los dueños del mundo material, pues si de ellos dependiera no tendría sentido ninguna empresa liberadora, condenadas todas al fracaso cíclico, cual el Sísifo de Camus.

Esa cólera que Michelet consagró en su *Historia* el “genio colérico” de la revolución y no mero desahogo irrefrenable. No es la reedición de las leyes ineluctables, tan caras a los profetas y adelantados de lo fatal: es un hecho luminoso, hedonista, contradicción de la ascética de la derecha, de expiaciones y sufrimientos “salutíferos”. Recuperar esa energía colérica, modo dinámico y hedonismo insumiso que han hecho saltar por los aires el principio de autoridad, desde Antígona hasta Mandela, una y otra vez, es tarea de la izquierda, vía para revertir la inequitativa distribución del oro, de la que nace el genio colérico revoltoso que en 68 hizo una “gira mundial”, arrastrando tras de sí a los jóvenes urbanos del mundo entero, apenas una rendija para entrever otro modo de vivir la vida, el que rechaza el uso de las camisas de fuerza con que se ata a los locos, pues la locura misma es ingrediente natural del hombre, a veces creativa, otras destructiva, pero, en todo caso, compañera de la historia de los afanes humanos, de sus artificios y candores interminables.

El 68 no fue, no es una fecha; es un símbolo contemporáneo de liberación.

Al genio colérico *gauchiste* se enfrenta la rabia de la derecha, que no quiere oír de igualdad, y que ve en las desigualdades poderosos estimulantes en la competencia, en la carrera, en la esforzada olimpiada de la vida. Las inequidades, además de ser inevitables y consustanciales a la especie, son necesarias para sobrevivir en la jungla social, cuyas metáforas tienen como cometido confirmar que, como ocurre en la selva, el más astuto, el implacable depredador, es quien merece el trofeo, los aplausos y la admiración boquiabierta de todos, lo otro, para los conservadores de la derecha, es pura hipocresía de impotentes y envidiosos, que han fracasado en la cacería eterna, la del “todos contra todos”.

El principio hedonista de izquierdas es aquel en virtud del cual la política es el arte de poner en marcha los medios para hacer más aceptables las condiciones de existencia de los más desfavorecidos, de los más desamparados; de ahí que el foso que la separa de la derecha sea insalvable, pues ésta construye su tediosa fiesta con la trinidad sagrada: trabajo-familia-patria, que exalta las virtudes de sacrificio, de la renuncia a la autonomía personal, del odio al individuo que no se pone al servicio del grupo de acuerdo con los preceptos de abnegación y renuncia, que son consustanciales a su fúnebre ejecutoria dolorista, apoyada desde un cristianismo fundamentalista, herrumbroso y decimonónico, cosa de fanáticos, no de cristianos, al decir de Onfray.

La *épisteme* de la derecha francesa, nutrida de un rancio catolicismo apostólico romano, es la de los privilegios: la monarquía y la feudalidad son su entramado institucional con la pobreza y la desigualdad.

“En revanche, la gauche s’est constituée du côté de la démocratie, du droit, de la loi, de la justice, de l’équité, de l’égalité et de la citoyenneté. Notre modernité s’enracine dans cette métaphysique dont le principe exige l’immanence”.<sup>502</sup> Y éste demanda un poder laico, falible, susceptible de todos los errores de que son capaces los hombres. Para la izquierda histórica, el ejecutivo político no puede, en consecuencia, estar nimbado de ningún aura excepcional y milagrosa, pues la muerte de Dios supone la del rey o, de otro modo, es la condición de posibilidad del nacimiento del hombre moderno.

“Les droits qu’il élabora pour son usage par lui et par lui, témoignent que la gauche ramène toujours la politique sur terre quand la droite n’a cessé de la lancer vers le ciel”.<sup>503</sup> La mística de la izquierda supone, contra Hegel, que no todo lo real es racional; lo es si la voluntad del hombre lo trasmuta,

<sup>502</sup> *Ibidem*, p. 142.

<sup>503</sup> *Ibidem*, p. 143.

y eso era voluntad, cristalizada y canalizada, formada y formulada con decisiones con que se pone fin a los imperios del mundo.

El fatalismo, el nihilismo y el pesimismo son —dice Onfray— los aliados naturales de la derecha, para la que no hay gran cosa que hacer, salvo consentir, en panteísmo higieliano, que la necesidad tal y como aparezca es la raíz de la familia económica del *laisser-faire laisser-passer* y de la “mano invisible” que misteriosamente es capaz de regular el mercado, a la manera de un dios benevolente infinitamente sabio, cuyos decretos son crueles sólo aparentemente, pues contribuyen, en su conjunto, a la armónica marcha del universo económico, cuyas constelaciones giran sin necesitar de la voluntad finalista del hombre, insignificante ante esa vía aurea que nos envuelve irremediablemente a todos.

El laicismo de la mística gauchista no requiere ya del anticlericalismo inicial de 1789; hoy debe ser definido no tanto como la prohibición de todo signo de pertenencia a una confesión particular, sino como posibilidad de manifestación equitativa de todas: ninguna será hegemónica y ninguna podrá ser prohibida en adelante. Es el proyecto común de la nación en 1792, la nación como mosaico policromo, religioso, ideológico, político, estético, ético, laboral, literario, espacio propicio al florecimiento de la solidaridad y la tolerancia, la *polis* en donde proseguir el diálogo socrático.

El igualitarismo no guarda ninguna relación ni tiene fundamento alguno, como quisieran sus detractores, con el culto a la uniformidad ni la celebración de la indistinción, que odia a los genios y a los grandes hombres en una voluntad de alinear al mayor número posible entre los simples de espíritu. Las tiranías que reclaman ser de izquierda trasmutan la igualdad en uniformidad, su triste remedo, impuesta por un decreto inapelable y autoritario venido de la profunda sabiduría del líder, el autocalificado guía del pueblo uniformado, siempre alerta, presto a tomar las armas para defensa de la patria y de su reyezuelo en turno.

El instrumental jurídico al servicio de la igualdad auténtica, la del mosaico plural nacional, produjo, a lo largo del tiempo, un caudal de instituciones y un conjunto de medidas que no han de ser desdeñadas: la descentralización a favor de las provincias, a fin de que todos tuvieran acceso, al igual que los parisinos a las riquezas, al poder, a la cultura y a las artes; decide la descolonización a fin de que blancos y negros sean iguales en la producción de las riquezas y de la ley; decreta la elegibilidad de todos a fin de que judíos y protestantes y, en general, los no católicos, propietarios o desposeídos, puedan acceder igualitariamente a funciones de representación; vota leyes permitiendo el libre acceso de todos a las obras de arte expuestas en los museos nacionales creados al efecto, de suerte tal que la cultura cese de ser

un instrumento de reproducción social para convertirse en ocasión de edificación y promesa de felicidad; estatuye que los soldados puedan inscribirse en clubes políticos, abriendo así las puertas de la ciudadanía a la gente de armas; abroga la distinción entre ciudadano activo y ciudadano pasivo a fin de que los pobres puedan, con igual título que los ricos, ocupar los sitios de la Asamblea Nacional; legaliza el divorcio; simplifica la celebración del matrimonio y el proceso de adopción, con el propósito de permitir a las mujeres la autonomía que las libere de la sumisión total al padre y al esposo.

La realidad ha sido muy otra y ha estado muy por debajo de la expectativa que despertó aquel esfuerzo nivelador, pero gracias a él nacerían a la plenitud jurídica los trabajadores, que, con sus luchas de clase, inaugurarán otro periodo de juridización institucional: la contratación colectiva, la sindicación libre y el derecho de huelga, que, a no dudarlos, son pasos hacia adelante en el camino de derechos y libertades en la traza original de 1789. Ese andar es también el del socialismo europeo del siglo XIX, anarquismo incluido, que no olvidó la bandera negra ondeando en las torres de Notre Dame en 1793.

Era una nueva vitalidad universalista, la de la fuerza global de los trabajadores, que anticipaba la idea de un revolucionario Estado universal igualitario, frustrado según Onfray, entre otros factores, por el “golpe de Estado” de Marx, que desacreditó y ocultó el pensamiento socialista anterior a él,<sup>504</sup> lo que, además de deshonesto intelectualmente, fue políticamente contraproducente al sofocar la polémica con Proudhon, supresión autoritaria, envidiosa y empobrecedora, de mala fe manifiesta.

Al hombre y al ciudadano del 1789 le acompañarán, de ahí en adelante, el obrero y el proletario, encarnaciones de la pobreza y de la “desesperación de sí”, origen de la reflexión, que compendia una filosofía de la miseria girando alrededor de la crítica a la propiedad y sus negligencias, de la Gran Ladróna, delincuente que construyó su dominación con el trabajo infantil, con salarios de miseria y el desprecio absoluto por los miserables privados de empleo, con la esclavitud colonial, con jornadas inhumanas y la represión policial de un Estado puesto al servicio de los propietarios y de nadie más.

Los paliativos de entonces fueron, como se sabe, los Talleres Nacionales, la supresión del trabajo infantil, la disminución de la jornada laboral, el salario mínimo garantizado, los seguros sociales, la cancelación de las deudas, la abolición de las multas y la devolución gratuita de las prendas del Monte de Piedad. También lo fueron los contratos colectivos, los consejos de em-

<sup>504</sup> *Ibidem*, p. 152.



presa, la desaparición de sanciones a causa de huelga, el respeto de la libertad sindical, la abolición de la pena de muerte por razones políticas, la igualdad laboral entre mujeres y hombres, el pago de vacaciones, las nacionalizaciones, las reformas bancarias y crediticias, la separación de la Iglesia y el Estado, la laicización de la instrucción y la salud públicas, la escolaridad elemental obligatoria, el federalismo, el mutualismo, el cooperativismo, el comunismo; todo ello fue rechazado y tachado de diabólico, en su día y en todo por lugar, por la derecha, que condenó en bloque el conjunto de medidas sociales que hasta la Iglesia había ya admitido en la contraofensiva de León XIII, bajo la inspiración de Lovaina y Friburgo, centros ideológicos de su “doctrina social”, cuya influencia se dejaría sentir en la Teología de la Liberación, mucho tiempo después de aquel impulso justiciero inicial.

La necesaria revitalización de la mística de la izquierda exige el principio de Antígona: las leyes valen, de modo ético y absoluto, según el orden del espíritu y no del código civil. Quiere la equidad según un orden humano: “De la igualdad y la humanidad a la fraternidad a la equidad, se cumple un trayecto que conduce a la libertad y el gozo de sí. Mayo del 68 es ocasión de un momento histórico en el que cristaliza la mística de izquierda”.<sup>505</sup> El individuo formulado en mayo de 1968 se define menos por su relación con el trabajo, la familia y la patria que por la relación con él mismo —sostiene Onfray— quien añade:

L'autonomie, au sens étymologique, c'est à dire la capacité à être pour soi sa propre fin sa propre cause et sa propre raison, apparaît comme la quête essentielle de tout un chacun qui se trouva concerné par les événements de cette époque... *Les situationnistes* expriment au mieux la nature de l'époque avec leur invitation à poétiser l'existence, à révolutionner la vie quotidienne, à réaliser l'art en l'injectant dans le réel, à vouloir la confusion de l'éthique contemporaine avec l'esthétique d'avant-garde, à promouvoir un urbanisme ludique toute en formulant, pour leur temps et le nôtre, une critique de la publicité, de la consommation, du mandarinate ou des modes de production d'une pensée unidimensionnelle.<sup>506</sup>

Para Onfray, dichos situacionistas son los precursores de lo que pudiera ser un pensamiento auténticamente liberatorio para nuestro tiempo, melancólico y desesperado, y para nuestro talante, nihilista y pesimista.

Por otro lado, la economía libidinal a la Lyotard ha suplantado la reivindicación del genio colérico de la revolución por un violento deseo de

<sup>505</sup> *Ibidem*, p. 157.

<sup>506</sup> Véase el apartado sobre Marcuse.

liberar al cuerpo. La tiranía del cuerpo político generaría así, mediante “las astucias de la Razón”, una voluntad tendente a formular una nueva política del cuerpo.

Mayo de 1968 volvió los ojos a Chamfort: “gozar y hacer gozar”; así fueron aquellos días lúdicos, que parecen tan lejanos a veces, aunque otras aparezcan como ocurridos apenas la víspera. ¿Será porque son ya sustancia viva, trasmutada su fuerza virtual en factuales constataciones que dan razón y sentido a muchas de las indignaciones actuales, embrionarias todavía en aquel entonces? “Volonté libidinale et puissance libertaire ainsi conjugues devancent permettre la naissance d’un nouvel individu sur lequel la fin de siècle a jeté son dévolu pour en rendre précaire le statut et l’existence”.

Onfray afirma que la reacción contra mayo de 1968, la crítica a su plataforma filosófica y el intento por banalización el pensar ahí contenido, dio como resultado dizque “nuevo filósofos”, productores de un discurso, débil y moralizante, apto para damas del Sagrado Corazón y vicarios generales de subprefecturas rurales y para ser leído a la hora del té de la jornada de costura de ropa para los pobres o en la víspera de exámenes de materias terminales, es decir, las inútiles y rutinarias; André Glucksmann sería su más conspicuo representante.

Desde la otra orilla, Foucault y Deleuze “reivindican alto y claro un nietzschehedonismo de izquierda que le otorga sentido unificante al 68 y contrarresta la pugnacidad y mendacidad de los nuevos perros de guardia y de los caniches domésticos del liberalismo actual”.<sup>507</sup> Bataille, Deleuze y Foucault son antípodas de esos filósofos *light*, “consejeros áulicos”, dispuestos a deshacer entuertos siempre y cuando el caso pueda abordarse sin mojarse las manos y cuente con el alboroto mediático requerido para darle vuelta al mundo; de otro modo, no vale la pena para esos adalides de la libertad que cultivan amigos del mercado y de las regalías internacionales, simplificadores de todo y sintetizadores de nada, pregoneros de baratijas.

El 68, dice Onfray, es “un viento purificador” en el paisaje intelectual francés, una “efusión jubilosa” inconclusa; de un lado Nietzsche y la posibilidad de una política dionisiaca; del otro, Kant y las certidumbres de una administración apolínea. Para el brillante ensayista, la primera obra filosófica de los propileos del edificio nietzschista de izquierda es probablemente el *Anti-Oedipe* (1972) de Deleuze y Guattari, seguido del *Surveiller et Punir* de Foucault (1975): “Avec ces deux sommes on peut enfin mieux penser une mystique de gauche contemporaine”,<sup>508</sup> que ha dado pie a malentendidos

<sup>507</sup> Onfray, p. 165.

<sup>508</sup> *Ibidem*, p. 174.

y errores de interpretación. Los anglosajones, “entre bêtise et imbécillité, malveillance ou sottise sans fond” han querido encontrar en esos libros una condenación del humanismo en el pensamiento, la defensa del totalitarismo y la legitimación de integristas históricos.

Más aún, a Foucault le ha sido reprochado el que, con sus opciones teóricas, sea imposible fundar una filosofía política o una teoría del derecho, pues si el sujeto clásico ha desaparecido, no se puede, evidentemente, fundar ni legitimar una ideología apoyada en las religiones de los derechos del hombre y el individualismo liberal; se trata de vislumbrar una nueva figura, un nuevo derecho, una nueva filosofía política; es decir, una nueva intersubjetividad, ruptura epistemológica cuyas dos partes fracturadas serían, por un lado, los esfuerzos apolíneos por preservar el viejo mundo y, por el otro, el de los que rinden sacrificios a Dionysios y se atreven a trazar la cartografía de otra realidad, en la que la vida y el principio de placer no sean tomados como si nada fueran, asumidos a lo sumo en cantidades insignificantes.

Un humanitarismo, ya desfasado para este tiempo convulso, desplazaría el anhelo de justicia por la caridad en detrimento de la equidad, al tiempo que ahorraría el indagar en las causas de la injusticia, de la pobreza y la miseria. “La pratique des droits de l’homme sur le modèle de la religion révèle célèbre les textes et brandit les articles de loi, les alinéas, avec, force moulinets et effets de rhétorique. Elle dispense d’en appeler a une remise en cause des modes de distribution ou de production, de répartition ou de gestion des richesses et des buns”.<sup>509</sup>

En dicha línea humanitarista, la pobreza, la miseria, la precariedad, auxiliar en la enfeudación de los sujetos a la producción y al libre mercado, durarán en tanto que la violencia de esos estados de hecho, cuyas causas son conocidas, no opondrá —reprocha ácidamente Onfray— nada como no sea una “simpatía” aristotélica, una “conmiseración” agustiniana, una “compasión” espinosista o una “condolencia” kantiana.

Este humanitarismo supone, como sostiene Onfray, “un despido a la política, la desaparición de la historia en beneficio de una lectura de lo real, según las antiguas categorías de la necesidad, del destino, de la fatalidad, de la tragedia inevitable, en una indefinible duración”.

El nuevo humanitarismo “à la Foucault” supondría la desaparición de los derechos del hombre, por la sencilla razón de que la figura divinizada del hombre, que ha sustituido a Dios, haría caducar las pulsiones y las energías reivindicadoras, puesto que nada ha logrado como no sea el sojuzgamiento, el empobrecimiento, la alienación y achicamiento de los individuos, sacrifi-

<sup>509</sup> *Ibidem*, p. 177.

cados a numerosos levantares, los que nos hemos inventado y los que hemos consentido que surjan multiplicados. Ahora es posible, gracias a las fracturas del 68, centrado en el individuo soberano y el reinado de lo que Onfray califica como hedonismo, sin olvidar lo que Nietzsche postuló: “todo deseo quiere eternizarse”.

El individuo moderno, dotado de alma y de conciencia moral, fue declarado soberanamente libre a fin de que el buen o mal uso de su libertad personal pudiera serle atribuida inequívocamente, deduciendo así los premios o castigos a la conducta según esté ajustada a no a las órdenes normativas, al tiempo que se reforzaron las técnicas disciplinarias, las lógicas deónticas y los restantes mecanismos destinados a producir —dice Onfray— las certidumbres sociales, las falsedades colectivas necesarias a la existencia y continuidad del orden social.

Así, “se rizó el rizo”, pues aquel individuo al que la modernidad le otorgó soberanía, la vio limitada a causa de esos constreñimientos sociales, tanto que acabaron por negarla o minimizarla, y que la volvieron insustancial, y los plenos poderes de aquella soberanía personal se vieron obligados a refugiarse al interior de la conciencia, reino adecuado para ese exilio, desde donde ejercerá una estricta vigilancia sobre el cuerpo, el placer y el deseo. De este modo, el alma, la conciencia, el individuo y la libertad se convirtieron en “los cuatro pilares de la sabiduría” occidental, “cuyo humanismo —sostiene Onfray— surge y se desarrolla en esa confusión entre las libertades interiores reales y las libertades exteriores formales, entre la total autonomía conceptual de estos principios y la limitación radical de su proyección en el mundo.”<sup>510</sup>

De ahí también surgió cierta mitología de los derechos humanos. Ante tal mistificación, sólo restará emprender la “deconstrucción” del sujeto de los derechos humanos y de la persona, acuñada por el humanismo clásico, a fin de descubrir “un nuevo rostro dibujado por el mar sobre la arena”, tal y como ocurrió en mayo del 68: abatir los tabús que consolidan la dominación, sobre todo el tabú doméstico y sus roles, ahora intercambiables, destituyéndolo de su sitio de primo modelo normativo.

En contrapartida, había que volver la mirada a las prácticas comunitarias, de cuño proudhoniano, al “derecho a la pereza”, al trabajo lúdico, a “la atracción pasional” fourierista, puesto que toda declaración de principios, así sea generosa y magnífica —como las del humanismo clásico y las de los derechos del hombre— no valen nada, según Onfray, si no pueden ser percibidas como hechos del mundo real.

<sup>510</sup> *Ibidem*, p. 183.

Es de proponerse una perspectiva del ludismo fundante de nuevas virtudes, celebrante de nuevos valores, los del hedonismo comunitario, los de un nuevo humanismo más allá del clásico, con nuevas definiciones del alma, de la conciencia (Deleuze y Guattari), del individuo (Bataille) y de la libertad (Foucault), pues después de las trincheras de Verdún y las cámaras de gas de Auschwitz sólo restan los despojos de un saber anarquista inutilizable. Entre 1880 y 1920 se logró enraizar una cepa anarquista nueva, aclimatada en Tristan Tzara y Marcel Duchamp, Jean Dubuffet y John Cage, Noam Chomsky y Paul Feyerabend, Kate Millet y Marta Cunningham, Henri Labet y Frank Lloyd Wright:

“Chacun à leur manière, ils ont formulé leur volonté de promouvoir de nouvelles formes, libérés, dans leur domaines respectifs, l'esthétique, la musique, la linguistique l'épistémologie, le féminisme, la danse, la science, l'architecture s'en sont trouvés revivifiés”.<sup>511</sup> Agrega: “descendida de su socio neo-cristiano y neo-marxista, nutrida de las críticas de la modernidad radical, *la filosofía anarquista parece estar en aptitud de ofrecer las vías del pensar este fin de siglo, proveyendo no solo ideas alternativas sino modos de existencia radicales y novedosos*”, sobre todo porque mayo del 68 puso fin a la vieja convicción anarcomarxista de que es el Estado el monopolista del mal, esa visión monoteísta del poder; éste actúa, ya se sabe, no sólo como dueño de la coerción legal, sino de muchas otras maneras, ocultas a simple vista. El poder actúa siempre ante las fuerzas que se le opongan. Cuando Foucault disoció el poder del Estado y el modo de producción económica, advirtiendo que el primero no participa en nada de la infraestructura económica, y que no se reduce a ser la súper estructura ideológica, canceló la esperanza en una revolución proletaria y propuso otra manera, otra visión, a la acción política y militante. “El poder juega un rol productor: equilibrios, desequilibrios, acciones y reacciones, fuerzas en desarrollo, potencias en regresión, involuciones y evoluciones, el trabajo perpetuo de lo real, la obra constante de todo lo viviente”.

“Desencializado” por Foucault, el poder político se explicaría mejor en términos físicos, mecánicos, termodinámicos, pues se desenvuelve y actúa como lo hacen las fuerzas, los fluidos, las energías y las temperaturas. De ahí se concluye en la necesidad de una general reconsideración de las tácticas y estrategias en materia de lucha política; el amor y el odio, el deseo y el placer, la revolución y la represión; todo trabaja para el poder, todo está habitado por él. De ahí también que sea preciso pasar, de la estrategia de la guerra total, a la reactualización de una táctica guerrillera perpetua en

<sup>511</sup> *Ibidem*, pp. 187 y 188.

todos los frentes, en los que el combate parezca posible. Final del perpetuo “para mañana”, final de la resolución de los conflictos después del final de la historia, punto final a las revoluciones económicas monoteístas.

“Les révolutions d’aujourd’hui s’actualisent dans la forme des subjectivités: le credo des marxistes et anarchistes orthodoxes s’effondre sous le poids de l’argumentation magistrale de Foucault”.<sup>512</sup> La obra del creador de *Des mots et des choses* lleva a pensar la revolución no como un gran concierto clásico con toda la parafernalia y el *attrezzo* que le ha prescrito la hagiografía. Las fanfarrias heroicas, los discursos proferidos de cara a un porvenir que acaba por no llegar nunca, son antiguallas inútiles de una Gran Revolución a cargo del Partido Cabeza del Proletariado, el huevo de la serpiente de una dictadura que congeló la vida y proscribió la alegría y la espontaneidad del hombre a cambio de una promesa que, incesantemente, se fugaba hacia un futuro siempre inminente y siempre inalcanzable. En cambio, libre de esos disfraces, la revolución, las revoluciones “descentralizadas”, serán como las “tocadas” juveniles, multiplicadas en distintos sitios, cuyo estruendo acaba por despertar a todo el vecindario.

Para Onfray, el juego político supone una gestión permanente de las oposiciones entre la materialidad de la fuerza y su función, que es tanto como decir entre poder ser afectado y poder afectar.

Deleuze ha escrito que “la vida se transforma en resistencia al poder cuando el poder toma como objetivo la vida misma”. Se trata de una nueva subjetividad que permitiría dibujar “otro rostro en la arena”, finalmente destinado, como los anteriores, a ser disuelto por el oleaje del mar, a fin de que otro ocupe su lugar en interminable sucesión de rasgos diferentes, una y otra vez.

El rostro del Hombre unidimensional de Marcuse, variante del hombre calculable de Nietzsche, es conocido:

iletrado, inculto, lascivo, limitado, obediente a las palabras de la tribu, arrogante y muy seguro de sí mismo, dócil, débil con los fuertes, fuerte con los débiles, simple, previsible, fanático de los juegos y los estadios, devoto del dinero, sectista de lo irracional, profeta especializado en banalidades, en ideas cortas, estúpido narcisista, egocéntrico, gregario, consumista y consumidor de las ideologías del momento, amoral y desmemoriado, racista, cínico, sexista y misógino, conservador reaccionario y oportunista...<sup>513</sup>

<sup>512</sup> *Ibidem*, p. 190.

<sup>513</sup> *Ibidem*, pp. 193 y 194.

Con dicho rostro se entera de los derechos del hombre como amortiguadores de la miseria, mistificadores de la inequidad del capitalismo planetario, cuyo “pan y circo” le parece feliz fórmula para que todos puedan dormir tranquilos.

Mayo del 68 es también el desfundamiento de la universidad, napoleónica y guizotista, mecanismo de reproducción de saberes que mantienen el *statu quo* antes que cuestionarlo y ponerlo en crisis; es que ni siquiera auspicia la originalidad, la que teme y reprueba.

La consecuencia evidente es la consigna subyacente y vergonzante de ser como los demás, de no contrastar ni inquietar, ni mucho menos escandalizar y perturbar la paz de un claustro congelado que, como lo dice su nombre, está cerrado herméticamente a las alternativas. Sólo hay una ruta, uno es el camino: el de los autoritarios y dogmáticos, el de los fanáticos de la ideología en que se funda el mecanismo universitario de méritos y conivencias, de esfuerzos a veces carentes de todo sentido vital y complacencias con los dueños (aun lo sean sólo temporales) del tablero académico de mandos, que consagran y sacralizan a los coincidentes, mientras que a los disidentes los apartan y minimizan.

Los microfascismos que denunció Félix Guattari, diseminados en todo el cuerpo social, también operan en esa universidad desnaturalizada, puesta al servicio del mantenimiento del orden, coactiva y reproductora de las técnicas de sojuzgamiento con “disimulo eficaz”, como quiere la estrategia militar clásica.

Lo que es clásico es lo que viene: “La cobertura de la red y la informática dan nuevos medios a la nueva sociedad; lo virtual, lo secreto, el tiempo real, la eficacia del central que ya no requiere aparecer directamente ni de presencia real, en un nuevo régimen de dominación contra el que se estrella el análisis marxista, incapaz de decodificarlo”. Para Onfray, es la posteridad del Nietzsche de izquierda la que mejor puede hacer lectura provechosa del tiempo actual, provechosa para la liberación en la guerra radical contra todo poder y frente a toda potencia, incluidos el padrecito José, aquel Gran Timonel, el Caimán Barbudo y el Guía Celestial de Pyonyang y sus amorosos cuidados hacia los infelices prisioneros de sus paraísos terrenales, puestos a punto para felicidad del género humano, lo quiera éste o no, pugnacidad inexplicable ante tamaña bondad providente, clarividente, retobos propios más bien de ingratos, de equivocados y de disolventes.

El 68 sigue todavía la tradición de la insurrección: barricadas, lacrimógenos policíacos, automóviles volcados y en llamas, ocupación de Nanterre y de Renault, comunicaciones radiadas, mítines y “pavés” chocando contra los escudos de plexiglás del CNS, mientras De Gaulle pronuncia palabras

sin duda históricas en su teatralización de la política. Un nuevo tono libertario ha nacido ahí, en esas calles del mundo y sobre los muros, pues mayo del 68 “ha descubierto la difusión generalizada del poder”, que no requiere más de una sede definida y determinada ni de una persona en que encarnarse, pues actúa vía la energía de todos en todo sitio, aun el más inimaginable para ello; ahí donde dos seres cruzan sus miradas, antes incluso de hablar entre ellos, “el poder trabaja la relación —dice Onfray— y la determina”.<sup>514</sup>

El problema ahora es menos el poder del Estado que el estado del poder y “la lucha de las conciencias de sí”, que Hegel opone, en el combate para determinar lo que puede aliar y abolir la servidumbre humana, verdad tanto ética como política, que conlleva la obligación de pensar las nuevas modalidades de la resistencia y la insumisión.

Ya no habrá más un ganador y un perdedor, un victorioso y un vencido. El poder circula tal como si fuera una energía con la cual se formula y se cristaliza la sujeción; ahí donde luchan dos fuerzas opuestas hay materia para el ejercicio libertario. De ahí también la caducidad generalizada del pensamiento anarquista cuando hace del Estado su objetivo prioritario y único, chivo expiatorio propio de satisfacciones simbólicas. El golpe de Estado a la Curzio Malaparte<sup>515</sup> deja de ser pensable, pues son casi infinitos y sorprendentes los lugares en que se asienta el poder, más allá de los ministerios, los aeropuertos, los cuarteles y las estaciones de radio y de televisión. El antiguo Leviatán cambia de forma y se manifiesta en el todopoderoso pensamiento unidimensional, que condena a muerte toda reflexión compleja y subversiva, recuperándola para el teatro mediático.

“En toute lieu oui l'énergie rebelle se transfigure en violence constitutive du réel, le libertaire peut se mettre a la tâche”,<sup>516</sup> conclusión con la que aquí finaliza este repaso de la obra de Onfray, paradigma del libre vuelo del pensamiento actual, que denuncia a las elites, a los enarcas, a los ministros, a los representantes electos, a los *apparatchiks*, a la casta completa, y la disociación de sus intereses con los intereses de los ciudadanos ordinarios, sobre los que ejecuta designios empobrecedores y esclavizantes.

El dilema de la primacía ética de lo individual frente a lo colectivo ha de ser enfrentado: hobbesianos o rousseauianos, los contractualistas, cualquiera que sea su tesis “construisen leur politique qui suppose le corps social meilleur que l'individu, le tout supérieur a la partie, l'ensemble prioritarire sur ce qui le constitue”.<sup>517</sup>

<sup>514</sup> *Ibidem*, p. 203.

<sup>515</sup> Malaparte, Curzio.

<sup>516</sup> Onfray, *op. cit.*, p. 204.

<sup>517</sup> *Ibidem*, p. 271.



Pero “el rey va desnudo: el trabajo no libera sino que enajena; el gregarismo no genera autonomía sino cadenas; la sumisión de la individualidad al conjunto de ellas no conduce a la plenitud sino a la melancolía”.<sup>518</sup> George Sorle es el genuino subversivo; por lo tanto, una relectura, como la recomienda Onfray, es útil, pero aquí no cabría, aun cuando sus *Reflexiones sobre la violencia* sean escandalosamente actuales, pues reactivan el genio colérico de la revolución: “L’ensemble de ces considérations suppose une fin, le desasujettissement des individus, et un moyen, la violence. Là, commence le malentendu”,<sup>519</sup> malentendido que merece lugar distinto que el de estas muy deficientes líneas.

---

<sup>518</sup> *Idem.*

<sup>519</sup> *Ibidem*, p. 275.